

SERIE NYTEFALL



LA
MUERTE
DE LAS
ESTRELLAS

CHLOE C. PEÑARANDA

I

CHLOE C. PEÑARANDA

LA
MUERTE
DE LAS
ESTRELLAS

Traducido del inglés por Victoria Vilaplana

FAERIS

Título original: *The Stars are Dying*

Publicado mediante acuerdo con Tor Publishing Group en asociación con International Editors & Yáñez Co. Barcelona. Todos los derechos reservados.

Primera edición: febrero de 2025

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Text Copyright © 2023 by Chloe C. Peñaranda

© De la traducción: Victoria Vilaplana, 2025

© De esta edición: Faeris Ediciones (Grupo Anaya, S. A.), 2025
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid



ISBN: 978-84-19988-44-7

Depósito legal: M. 27.133-2024

Maquetación: El Taller del Llibre, S. L.

Impreso en España - Printed in Spain

Descubre aquí el reino de Faeris:

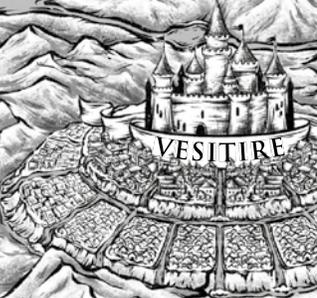
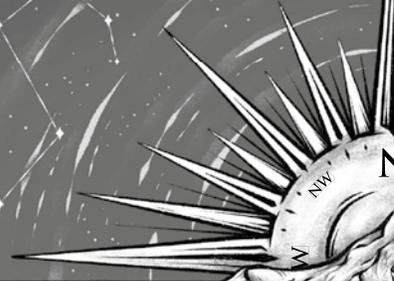


*Te lo dedico a ti.
Las voces más pequeñas pueden lograr los cambios más grandes.*

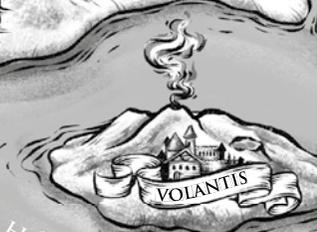


Tú eres la estrella más brillante.

REINO



LAGO NEITH



BAHIA CONSTANTE



DE SOLANIS



ISLAS DE LA MUERTE

ASTRINUS

BOSQUE ETERNO NORTE

MONTAÑAS DE PLATA

VELO CELESTIAL

ALTHENIA

SERN OF ARGIO NAVIS

YADONIA

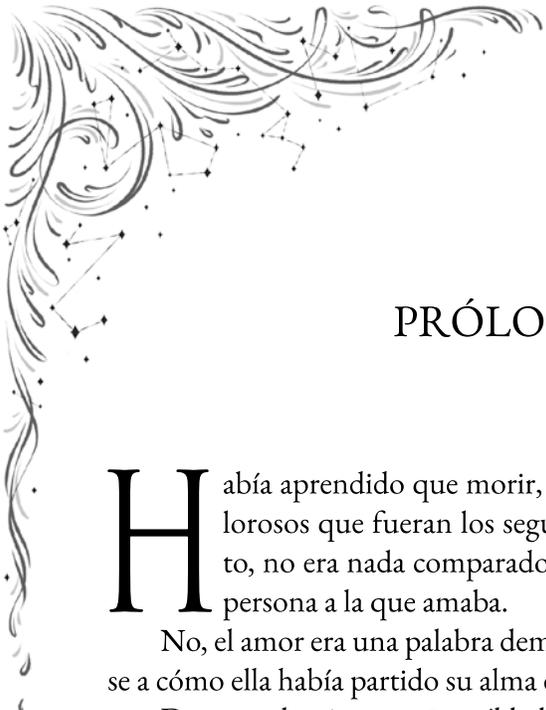
ESTRELLA DEL NORTE

ISLAS OLVIDADAS

COSTA ESTRELLA FUGAZ

NOTA DE LA AUTORA

Se aconseja leer con cuidado. Este libro toca los siguientes aspectos, aunque ninguno de ellos sea el tema principal: situaciones de violencia doméstica, manipulación emocional, pérdida y duelo, escenas sexuales explícitas, violencia y *gore* en un mundo de fantasía, idealización del suicidio, superación de adicciones.



PRÓLOGO

Había aprendido que morir, no importaba lo lentos y dolorosos que fueran los segundos antes del último aliento, no era nada comparado con vivir para siempre sin la persona a la que amaba.

No, el amor era una palabra demasiado mundana para referirse a cómo ella había partido su alma en dos tras su muerte.

Durante doscientos años, él había observado la misma constelación, a pesar de que era la única que existía. Y ahora había empezado a desvanecerse. Una fracción cada semana de la que nadie más se percataba. Para él significaba una cuenta atrás.

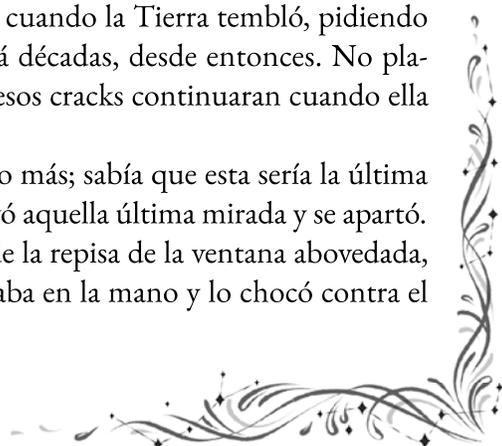
Ajustó el aumento del telescopio para no perderse ni un solo destello; trazó el mapa de los doce puntos con la vista. Siempre en el mismo orden. Ni siquiera se había dado cuenta de que ya había memorizado el patrón.

Incluso en aquella luz que se desvanecía, se veía magnífica.

Él no planeaba estar aquí cuando la Tierra tembló, pidiendo el regreso de ella. Años, quizá décadas, desde entonces. No planeaba ser la razón por la que esos cracks continuaran cuando ella regresó.

Decidió quedarse un poco más; sabía que esta sería la última vez. Entonces suspiró, conservó aquella última mirada y se apartó.

Sentado en la parte baja de la repisa de la ventana abovedada, alzó el vaso con licor que llevaba en la mano y lo chocó contra el metal del telescopio.



—He intentado encontrar una forma. El resultado ha sido tan desesperanzador como la última vez —dijo. Con los años, se había vuelto tan distante que ninguna emoción le invadía ahora—. Pero me alegro de que no voy a poder ver en lo que me he convertido ahora. Tu decepción sería lo último que haría falta para terminar de hundirme.

El alcohol se abrió paso por la garganta, quemándole, mientras vaciaba todo el contenido del vaso. Este se hizo añicos por el fuerte agarre, pero no sintió ninguno de los pedazos en la palma de la mano. Ya no había nada que pudiera hacerle daño.

—No tuve la oportunidad de preguntarte qué fue lo que viste. —Cerró el puño contra el pecho, pero solo podía recordar la agonía por lo real que era, ya que el tiempo había emborronado las imágenes—. Cómo viste la forma en que sucedía todo y durante un solo instante me hiciste creer que había algo bueno en mí. Siento mucho que te equivocaras.

De pie, con su capa negra, sus pasos crujían sobre el vidrio roto como si fuera lo último que quedaba de su antigua existencia.

—Al menos ya no podré volver a hacerte daño.



Todos se encogieron ante la sombra encapuchada que pasó de largo. Dieron un paso atrás, agacharon las cabezas y evitaron su mirada mientras esta se arrastraba por los pasillos del castillo.

El mármol brillante y negro del suelo, interrumpido solo por los pilares blancos y alguna escultura ocasional, parecía más siniestro con la figura que se alzaba allí en medio. Antes, los pasillos eran hermosos. Pero lo que una vez pareció la oscuridad de los sueños y el cielo en una noche clara ahora se parecía más bien a la muerte.

Las personas a las que dejaba atrás susurraban un nombre, uno que se le había asignado no por elección propia, sino por el pecado que representaba. Un dios en la forma de un mortal.

El rey le esperaba en la sala del trono.

Vio las alas curtidas y con forma de garra del guardia con el que conversaba el rey antes de que le hiciera marcharse. Un morador de la noche. Quizá una de las tres peores maldiciones vampíricas; los moradores de la noche no soportaban la luz del día.

El hombre encapuchado habló finalmente.

—Acordamos un siglo. Te he dado dos. He venido a por lo que me debes. —Su voz era fría como el hielo y oscura como la noche.

El rey llevaba una corona, pero parecía de juguete. Una imagen que no imponía autoridad. Al menos sin él. Pero había ocupado el cargo mucho más tiempo de lo que nadie esperaba.

—Si las profecías son ciertas, primero tenemos que encontrarla. Ya han visto a los celestiales en este lado del velo; están comprobando nuestras defensas. La magia volverá a debilitarse y podremos parar el reinicio de esta guerra antes de que tengan oportunidad de...

—No —gruñó el hombre encapuchado. Su voz reverberó. Su rabia era tan afilada y letal que convirtió la medianoche en algo negro y filtró sombras frías por toda la sala.

El rey le observó con cautela.

—Si quieres mantener el trono en su contra y que los vampiros crean en tu reinado, tendrás que hacerlo por tu cuenta.

No le hacía gracia la idea de irse ahora. De hecho, aquel pensamiento era demasiado poca cosa en comparación con el sentimiento que le desgarraba hasta la médula ante la imagen de ella enfrentándose a todo aquello sin él. Hasta que recordó que él era la causa de todo lo que se había roto en su mundo —el de ella— hacía muchos siglos. La única oportunidad que tenía ella era vivir sin él.

El rey habló.

—¿Qué harías... si consiguieras volver? Es un mundo que no conoces. Uno del que te pueden expulsar de forma permanente antes de que llegues a descubrir algo.

No le importaba. Nada de eso le asustaba. No le importaba si terminaba atrapado en el vacío. Era mejor opción que ser la razón

por la que no ganarían la guerra que estaba a punto de estallar de nuevo.

—Te has vuelto una leyenda. ¿Dejarías todo de lado?

—Dime a dónde tengo que ir —dijo con los dientes apretados. Lo había decidido hacía ya dos siglos. Destruiría el mundo entero antes que dejar pasar otro año más.

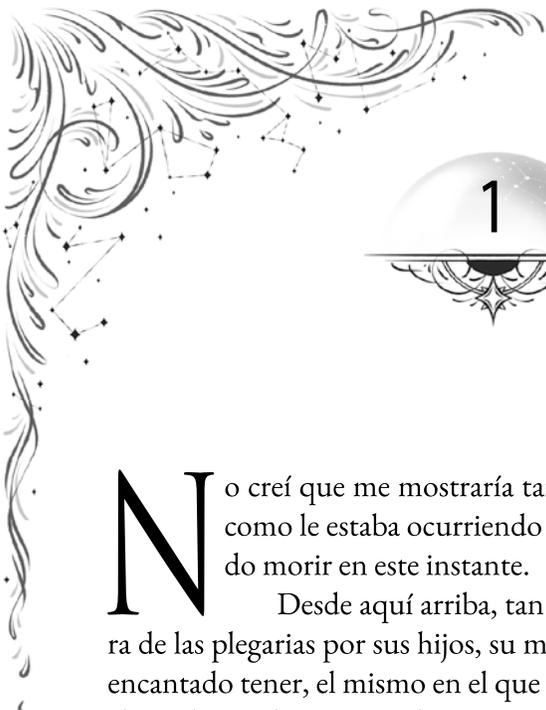
Una sensación de ahogo irrumpió en la sala mientras él se introducía en las mentes de todos los guardias y les impedía respirar.

—Si me mantienes aquí, juro que te mataré. Jamás he querido esa corona, pero te la arrancaré si hace falta.

—Muy bien —dijo el rey, con una mirada de decepción y resentimiento entrelazada con la suya.

Hacía tiempo que no le afectaba el rechazo de nadie.

—Si esto es lo que deseas, te mostraré cómo conseguirlo. —El rey se dio la vuelta y el hombre encapuchado liberó a los guardias, que pudieron volver a respirar de nuevo—. Sígueme.



No creí que me mostraría tan reacia a saludar a la muerte como le estaba ocurriendo al hombre al que estaba viendo morir en este instante.

Desde aquí arriba, tan solo era una mera espectadora de las plegarias por sus hijos, su mujer y el trabajo que le habría encantado tener, el mismo en el que trabajaría para la persona que ahora iba a cobrarse su vida.

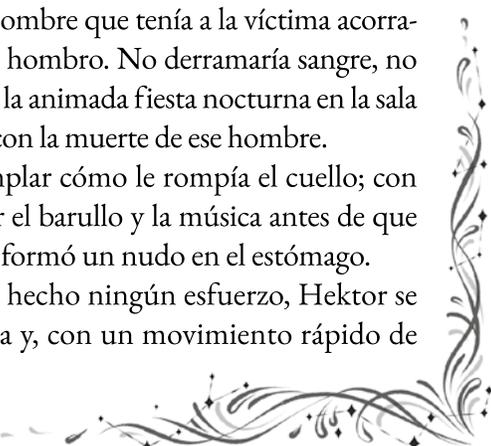
Él no sabía que yo estaba ahí.

No podía evitar acercarme a observar a través de las vigas cada vez que veía a un hombre arrodillado, al igual que tampoco podía evitar preguntarme si me compadecería de sus plegarias en el caso de que yo también tuviera los días contados. Tenía poco a lo que aferrarme, ya que únicamente conservaba recuerdos fragmentados de hacía tan solo cinco años.

Parecía como si Hektor Goldfell no escuchara su llanto mientras asentía en dirección al enorme hombre que tenía a la víctima acorralada con una sola mano sobre el hombro. No derramaría sangre, no en esa sala. No iba a interrumpir la animada fiesta nocturna en la sala principal de su establecimiento con la muerte de ese hombre.

Fruncí los labios al contemplar cómo le rompía el cuello; con suerte no escuché el crujido por el barullo y la música antes de que su cuerpo se desplomara. Se me formó un nudo en el estómago.

A pesar de que él no había hecho ningún esfuerzo, Hektor se escabulló en la sala más cercana y, con un movimiento rápido de



cabeza, se apartó unos cuantos rizos rojizos de la vista. Desvié la mirada cuando dos hermosas mujeres aparecieron a su lado; todavía seguía tumbada sobre la viga de madera, tan solo un poco más ancha que mi espalda. A ambos lados de esta, me caía el cabello plateado y brillante junto con el fino material de mi falda, que flotaba en el aire. Pero no temía que alguien se diera cuenta de que estaba ahí. Nunca miraban hacia arriba.

Distraída, rocé con los dedos la empuñadura negra y ornamentada de mi daga. No se me permitía bailar o entretener como a las mujeres que tenía debajo, pero aun así disfrutaba de la elegancia de sus ligeros movimientos.

Me puse de pie con maña, quizá queriendo imitar a una de las mujeres que estaba tratando de llevar a cabo el arte del hurto con un grupo de hombres que jugaba a las cartas. La distracción estaba presente en sus movimientos fluidos. Crucé las vigas de madera, sin hacer ruido, girando a la vez que lo hacía ella, y estudié sus movimientos, imaginando que era yo la que atraía la mirada lasciva de aquel hombre que estaba fija en una de sus manos. Ella la tenía colocada a propósito en su hombro para tratar de distraer la atención sobre su otra mano, que estaba ya dentro del bolsillo.

No pude ver lo que había robado, pero el azul de sus iris resplandeció con triunfo.

Giró y se colocó en el extremo de la mesa, arqueando y extendiendo la espalda para interrumpir el juego. Me recliné hasta que sentí la madera en las manos, giré las piernas en el aire y, cuando volví a parpadear, me enderecé. Volví a inclinarme contra el apoyo vertical con un suspiro; aparté la vista de la sala abarrotada e iluminada por la luz de las velas, deprimida por mi vista privilegiada. Me sentía como un insecto atrapado en una telaraña, rodeada por las sombras. Era difícil creer que todos nos encontráramos en la misma sala.

A veces deseaba que los invitados pudieran verme, aunque solo fuera una única vez, para desaparecer justo después en un abrir y cerrar de ojos, ya que yo era el trofeo de un solo hombre.

Posé la mirada en Hektor, que no se había movido, aunque las mujeres estaban volcadas sobre él. Sus ojos de color verde profundo eran los únicos que no querría jamás que me encontraran aquí arriba.

Él era el que me mantenía a salvo entre estos grandes muros de los horrores que había en el exterior. Los vampiros. Había distintas especies que consumían sangre o almas y que mantenían a los humanos aterrorizados.

Pero ellos, al igual que nosotros, estaban bajo el control del rey.

En la sala principal, no paraban de hablar sobre el Libertatem, una prueba centenaria que organizaba el malvado rey en el Reino Central de Vesitire. En un par de días, iban a enviar a cinco humanos de los reinos vecinos, los Seleccionados, para que compitieran por un siglo de seguridad contra los ataques vampíricos. Cuando nuestro mundo se sumió en el caos hace trescientos años, tras la conquista del rey en la guerra, este anunció que, a partir de ese momento, los humanos lucharían por la paz y los vampiros mantendrían el control gracias a las pruebas del Libertatem. Supongo que esto le dio a la gente algo por lo que mantener la esperanza. Si su reino salía vencedor, se le aseguraba libertad para poder salir de sus casas sin temor por ellos y sus hijos durante una generación. Si perdían, al menos habrían tenido un pequeño receso en sus miserables vidas.

Creo que todos en el fondo sabían, aunque no quisieran admitirlo, que ese pequeño rayo de esperanza no era otra cosa que una mentira que los oprimía. No compartía la emoción que destilaban cuando hablaban de las pruebas, pero les entendía.

Los espíritus eran frágiles. Era mejor protegerlos para que no se quebraran.

Mientras me mantenía confinada en esas cuatro lujosas paredes sin casi ninguna oportunidad para aventurarme fuera de ellas, casi no sabía nada del mundo exterior que tanto anhelaba. Todo lo que podía hacer era recopilar pequeñas píldoras de información cuando escuchaba a escondidas durante esas noches de belleza, apuestas y seducción.

Pasé horas ahí escuchando las conversaciones de los invitados con más ansia que de costumbre, pero mi interés radicaba más en lo personal.

Quedaban cuatro días para que comenzase el Libertatem.

Las agujas de un reloj invisible marcaban cada minuto en mi mente, como si mi mayor oportunidad se me estuviera escurriendo igual que arena entre los dedos, y me tembló el corazón tan solo de pensar en mi amiga marchándose del reino que había más al sur, Alisus, como una de las Seleccionadas.

Mi memoria llegaba justo hasta cuando Hektor me acogió, pero no conseguía recordar qué era lo que me perseguía y lo que había hecho que me refugiara entre sus brazos protectores. Él me trajo aquí y le contó a todo el mundo que no estaría viva si no hubiera sido por él. Ahora, cinco años después, por lo que me habían contado en ese momento, tenía alrededor de veintitrés años y sabía que nunca dejaría que me olvidara de que le debía la vida.

Pasé la mano por las dos cicatrices que tenía debajo de la mandíbula y que se extendían hasta el cuello. Aunque no podía acordarme del rostro o del momento en el que habían aparecido, el fantasma de un dolor agudo surgía cada vez que pensaba en ello. Igual que ocurría cuando me quedaba mirando fijamente en el espejo la zona magullada tratando de evocar el recuerdo. Otro misterio que quizá estaba también relacionado con el lugar de donde provenía.

Lo que más me preocupaba es que jamás sabría quién era antes de conocer a Hektor.

—Ahora estás a salvo, Astraea —me había dicho.

Esas primeras palabras que siempre recordaré. Hektor no solo me había encontrado a mí, sino también mi nombre, ya que, desde la primera vez que lo pronunció, supe que era el mío.

Por lo tanto, era poseedor de mi vida.

No entendía por qué, de entre toda la gente que le rodeaba siempre, se había fijado especialmente en mí. No era la única que le alegraba las noches. Lo había visto dar su afecto a mujeres de toda clase de belleza. Con pieles claras y más oscuras, con cabellos

naturales o teñidos con materia estelar, un tipo de magia que dependía del estatus. Ahora mismo, una mujer con la piel marrón brillante estaba pasando la mano sobre su pecho, por encima de la tela que siempre llevaba puesta con un par de botones desabrochados. Su larga melena oscura parecía teñida con pintura rosa fluorescente. Otra mujer con piel de porcelana y una mirada felina de color amarillo colocó una pierna esbelta sobre su regazo.

Aparté la mirada. No importaba cuántas veces observara a sus amoríos nocturnos. Siempre me hacía la misma pregunta: ¿por qué había elegido quedarme a su lado?

La respuesta emergió al instante: no tenía ningún otro lugar al que ir. Y mientras él se entretenía con otras, siempre volvía a darme todo el afecto que ansiaba y aceptaba sin miramientos.

El amor era una droga que venía con su propia cura.

Una nueva figura entró en la sala. El cabello rubio oscuro y ondulado le caía suelto desde su media coleta y le enmarcaba el rostro. Mientras pedía una bebida y se apoyaba en la barra, alzó la vista casi por hábito. No me encogí en ningún momento cuando los ojos azules como el océano de Zathrian me pillaron *in fraganti*. Creía que me enfrentaría a un severo castigo por parte de Hektor la primera vez que Zath me sorprendió aquí arriba, pero nunca le dijo nada de mis usuales salidas a hurtadillas.

Imité su pequeña sonrisa torcida mientras se llevaba el vaso a los labios. Hektor no solía fiarse de nadie, pero Zath había escalado rápidamente muchos puestos y se había convertido en uno de sus hombres de confianza en el último año. Había podido ver cómo muchos iban y venían. La mayoría se enfrentaban a la muerte cuando dejaban el cargo, y Zath había sido el único que se había fijado en mí. Lo consideraba alguien en quien podía confiar.

Zathrian hizo una sutil señal con la cabeza mientras Hektor apartaba la pierna de la mujer y desaparecía de la sala. Se me cortó la respiración y, mientras un par de hombres bien vestidos lo interceptaban, comencé a moverme hacia mis aposentos en caso de que fuera allí hacia donde se dirigía.

La mansión contaba con muchas más habitaciones de las necesarias. El establecimiento de Hektor era un lugar de reunión muy conocido por la élite. Para hombres y mujeres con mucho dinero que hacían desaparecer sus problemas en vez de enfrentarse a ellos. No se trataba de un antro cualquiera: Hektor Goldfell regentaba la red más discreta y mortal de espías y asesinos de Ali-sus. Yo envidiaba a algunos de ellos, mucho más que a las bailarinas. Siempre me intrigaba verlos con sus ropajes de cuero y las armas resplandecientes.

Hektor jamás sospecharía que yo sabía blandir la daga que tenía, otro de mis secretos, para salvar vidas. Si supiera con quién me solía juntar cuando él estaba fuera, tenía bien claro que el castigo que recibiría sería una llave de hierro adornada que serviría para encerrarme entre las paredes de algún lugar muy estrecho hasta que pudiera volver a ganarme su confianza de nuevo.

La cadencia de su voz áspera hizo que se me erizara el vello de la nuca mientras seguía escabulléndome por los pasillos principales como un fantasma. «¿Desde cuándo mi habitación se encontraba tan lejos?». Parecía como si los pabellones serpenteantes en los que me encontraba se estuvieran riendo de mí.

Saqué una especie de tela azul y me cubrí la nariz y la boca con ella. Las mujeres a veces la llevaban; era un accesorio muy bonito que añadía misterio e intriga a sus actuaciones. Ese tipo de máscara no ocultaba mucho el rostro, pero no me la había puesto solo por Hektor, sino por si me fallaba el sigilo y me cruzaba con alguno de los invitados.

Oí cómo su voz seguía avanzando y sabía que me pillaría en cualquier momento si doblaba la siguiente esquina. Se me aceleró el pulso a la vez que mis pasos. No iba a lograrlo. Así que hice algo que nunca antes había hecho, pero que sabía que no le haría daño a nadie.

Las puertas que se alineaban a ambos lados de los pasillos estaban marcadas con una estrella. Las moradas indicaban que estaban ocupadas y las blancas lo contrario. Esas salas eran para entre-

tenimiento privado, exclusivamente para bailes, aunque si los clientes deseaban continuar con la fiesta, también podían alquilar otra sala.

Le eché un vistazo a la primera estrella blanca; no tenía otra opción. Me escabullí dentro, cerré la puerta con cuidado y apoyé la frente en ella. Mi pecho subía y bajaba con rapidez mientras intentaba oír la voz de Hektor pasar al otro lado, pero no conseguía oír ningún sonido tras la puerta; lo único que conseguí percibir fue una leve música. En aquella gran sala, poco iluminada, estaba sonando una canción suave. Me di la vuelta, pero no conseguí encontrar su origen.

Mantuve la respiración y me quedé inmóvil, ya que podían rechazar mi presencia en este lugar.

No estaba sola.

Estaba casi segura de que había visto la inconfundible estrella blanca mientras iba embelesada.

Fue entonces cuando lo vi. O, al menos, una parte de él. Vislumbré una forma que se entremezclaba con la oscuridad en la que estaba envuelta. No me miró y casi no pude ver su rostro porque las sombras le cubrían los ojos. Estaba concentrado en una copa de vino; pasaba los dedos por el borde con pereza como si todavía no se hubiera dado cuenta de mi intromisión.

O como si la hubiera estado esperando.

No, no la mía. La de alguien.

Di unos cuantos pasos con cuidado hacia dentro, inspiré profundamente y me dirigí a un lado de la sala, con miles de pensamientos a la vez para intentar averiguar qué hacer en ese momento. Aunque no me atrevía a mirar en su dirección, noté cierto calor en varias partes del cuerpo, lo que me hacía creer que al fin se había fijado en mí.

Seguramente me estaba observando.

Me latía fuerte el pulso en el pecho cuando sentí una ligera caricia sobre los hombros que hizo que soltara un suspiro ahogado. No había nadie ahí cuando miré. El hombre seguía situado en

el mismo lugar que antes y me había equivocado al pensar que se preocupaba porque yo estuviera ahí.

Agarré la jarra en un arrebato de ira. El sonido del líquido llenando la copa fue lo único que interrumpió la música. Aun así, no conseguía encontrar a los intérpretes de la canción que parecía arroparme. Sonaba muy familiar y reconfortante. Casi personal.

Di un largo sorbo. Esperaba que el agua me hidratara y no me secara la garganta en el momento en el que dejara la copa en su sitio.

¿Acaso estaba esperando a que empezara?

Di un par de pasos sin meditarlo mucho, tentando al cuerpo a que los ejecutara como hacía cuando no tenía audiencia y bailaba para las sombras. Y eso era ese hombre. Podía imaginarme que estaba bailando sobre las vigas inestables como cuando imitaba con torpeza a las chicas que sí habían sido bendecidas con el don de la danza. Lo peor que podía ocurrir era que no me pagara si no cumplía sus expectativas. Y no necesitaba que lo hiciera.

Una descarga eléctrica me erizó el vello de la espalda por los nervios cuando la canción cambió. Era como si la hubieran escogido a propósito para mí, para que creara una coreografía.

Una noche. ¿Cuántas veces había soñado con tener una sola noche para dejarme llevar?

Pensé que sus ojos estaban fijos en mí al haber notado el cambio en mi comportamiento. Me pregunté de qué color serían. No debería haberme importado, pero me imaginé todos los colores: verdes, azules, marrones... Ninguno parecía hacerle justicia al calor que desprendían al mirarme.

La canción comenzó a sonar más fuerte; el ritmo de la música se abrió paso a través de mí. La vibración cambió; era como si me encontrara en mitad de una orquesta y cada instrumento se fuera acercando cada vez más. Mis pies comenzaron a moverse por sí solos hacia el centro de la estancia; únicamente respondieron al sonido de las notas musicales.

No tenía nada que perder y tenía la oportunidad de desinhibirme dando un espectáculo. No solo para él, sino también para mí.

Así que comencé a bailar.

Mis movimientos fluían, iban y venían, mientras la gravedad me removía el ligero material de la falda y el que me cubría los hombros, atado a las muñecas. Tenía la piel fría a causa del viento que me envolvía el vientre al descubierto, pero esa sensación no tardó en desaparecer cuando di un ligero paso y comencé a girar poco a poco. Me encontraba bailando entre las estrellas, a través de la oscuridad. Y cada vez que estas me rozaban, me invadía un sentimiento de euforia: no quería parar nunca.

Alcé la vista y me encontré con el cielo infinito y oscuro devolviéndome la mirada a través del techo de cristal. Algo tenía la noche que siempre me atraía mucho más que el día.

Cuando bajé la vista, recordé que las estrellas no eran mis únicas espectadoras.

Sus dedos dejaron de hacer círculos sobre la copa de vino y, aunque todavía no podía ver su rostro, la música me impulsó a acercarme un poco más a él. Hasta que volví a olvidarme de su presencia.

Moví la pierna hacia un lado, curvé el cuerpo y puse la mano en torno al tobillo, comprobando así mi propia flexibilidad, hasta que la canción alcanzó el clímax. Las notas estallaron y descendieron en picado, y me dejé llevar, retorciendo la otra pierna para girar al son del compás.

Me sentía viva. Libre. Esa euforia superaba con creces mi devoción por la lucha, aunque he de reconocer que ambas me proporcionaban sensaciones similares.

No sé en qué momento me había acercado tanto a aquel extraño, pero, en el punto más álgido de adrenalina, la intriga había podido conmigo y, antes de darme cuenta, estaba justo a su lado. Pero él no alzó el rostro.

Estiré la mano hacia su mentón y...

Ocurrió tan rápido que no me dio tiempo a emitir sonido alguno. Me agarró la muñeca, dejándome desorientada durante un instante hasta que pude volver a parpadear con claridad y darme cuenta de que me había girado por completo. Al notar el impacto

contra la espalda, fui consciente de la postura tan comprometida en la que me encontraba.

En ese momento sentí cómo aflojaba la sujeción que me mantenía inmóvil la muñeca contra el hombro.

El corazón me retumbaba con ferocidad, sin saber muy bien qué hacer. Para mi desgracia, me había sobrepasado. Y lo peor era que no podía gritar como suele hacer el resto de mujeres cuando se encuentra en peligro. Si Hektor llegara a encontrarme aquí...

—No eres lo que esperaba.

Me quedé atónita ante el tono grave y rasposo de su voz. Sus dedos me producían escalofríos conforme iban descendiendo por el ancho de mi brazo, deteniéndose en cada una de mis marcas plateadas, como si quisiera recordarlas una a una.

—¿Eh? —Fue todo lo que pude decir, mientras el pánico amenazaba con dejarme sin habla.

—Te mueves como si la música te invocara.

No estaba del todo segura de si aquello se trataba de un cumplido, ya que no esperaba recibir ningún comentario sobre mi actuación, pero consiguió sonrojarme.

—Espero que haya sido de tu agrado.

Se me entrecortó la respiración cuando me entrelazó los dedos en el pelo y fue apartando una a una las trenzas onduladas y sedosas para dejarme el hombro al descubierto.

—Mucho —dijo. Me estremecí cuando me rozó el inicio de la cicatriz, como si fuera el roce de un fantasma—. Yo también espero que lo hayas disfrutado. He podido observar cómo te liberas al bailar y me encantaría descubrir qué es lo que te hace sentirte prisionera el resto del tiempo.

No entendí a qué se refería, pero sentí cómo algo se removía en mi interior. Su atención estaba en un punto fijo y me puse rígida al darme cuenta de qué miraba: el gran y rebelde defecto que Hektor siempre decía que me hacía imperfecta. Siempre me recordaba que me quería con o sin él, aunque el resto probablemente nunca lo haría.

—¿Quién te ha hecho esto? —Me sorprendió su tono cargado de amargura.

Juraría haber captado en mi campo de visión unas anillas de humo negro serpenteando, pero no podía moverme; no sabía muy bien de dónde provenía la ira que me invadía.

—No lo sé.

Mi respuesta me devolvió a la realidad de la situación. Mis sentidos habían quedado adormecidos por el encantamiento que me producía su piel contra la mía, pero debía permanecer distante. No tenía derecho alguno a conocer mi pasado y, además, tampoco debería importarle.

Su otra mano encontró la abertura de mi falda y, aunque su roce me hormigueaba la piel, vaciló. Me aparté de él en cuanto encontró la vaina de la daga vacía.

Pero era demasiado rápido. De nuevo, mis movimientos se vieron interrumpidos por su veloz reacción. Se fijó en el punto letal que tenía interceptado al tenerme atrapada entre sus costillas y arrastró la mano por toda la longitud de la falda ondulada de color púrpura, sobre la cruceta hecha a mano con el dibujo de unas hermosas alas negras.

Cuando sus ojos se encontraron de nuevo con los míos, mi postura firme decayó. Lo miré fijamente y pude contemplar cómo sus iris parecían del color de un mineral fundido; destellaban con motas de ámbar dorado que me recordaron a un precioso amanecer. Parecía como si todos los tesoros que mis ojos habían contemplado hasta el momento, desde oro hasta joyas, no tuvieran importancia en comparación con el valor del que tenía delante de mí.

—Una daga roca de la tormenta —indicó con aprobación.

Se me reseco la boca y el corazón me palpito a un ritmo desbocado, consciente de nuestra cercanía y la forma en la que se cernía sobre mí. Intenté zafarme, pero todavía me tenía bien agarrada del brazo. Observé esos ojos dorados con desafío, no del todo segura de dónde había sacado tal valentía, pero tratando de mantener la compostura de todos modos.

—Suéltame, o gritaré, y la sala se llenará de guardias.

Frunció la comisura de los labios lentamente y se le formó un hoyuelo en la mejilla. Cuando alzó la otra mano, volví a revolverme hasta que mis músculos quedaron inmóviles. Se desató el lazo de tela transparente que me cubría la mitad inferior del rostro y este cayó al suelo, como si fuera una barrera menos entre nosotros.

—No creo que vayas a hacer eso.

Abrí la boca, pero no emití ningún sonido. ¿Cómo podía estar tan seguro? Repasé sus pómulos definidos hasta que...

Ahogué un grito y pegué tal estirón por la sorpresa que conseguí zafarme de él y alejarme unos cuantos pasos.

—Eres... —No podía decirlo en voz alta. Parpadeé intentando convencerme de lo contrario, pero eso no iba a cambiar nada.

Tenía las orejas delicadas y puntiagudas.

—¿Tienes miedo?

Las únicas criaturas que podían tener tales atributos eran los vampiros. Esta mansión se había convertido en mi escudo contra los vicios de los de su calaña. Hektor les tenía prohibida la entrada en su establecimiento y nunca supe cómo lo lograba, ya que eran criaturas que siempre conseguían lo que querían, sin importar cómo o cuándo.

—¿Vas a hacerme daño?

—Crees que quiero tu alma o tu sangre. Y he de admitir que me encantaría poseer una y probar la otra. Pero ¿qué pasaría si te dijera que no soy lo que crees que soy?

—Te preguntaría qué parte de mí te ha hecho pensar que soy estúpida.

—Tu falta de percepción.

—¿Perdona?

Se dirigió de nuevo hacia mí mientras se metía una mano en el bolsillo, logrando así que me fijara en su atuendo. Llevaba una chaqueta con solapas hecha a medida que le quedaba impecable, toda negra con bordados en oro de ley que hacían juego con sus ojos. Y vestía unos pantalones bien planchados y remetidos por

dentro de unas botas caras. Todo en él estaba cubierto de sombras que parecían moverse a su alrededor. Mientras volvía a alzar la mirada, me llamaron la atención unas marcas doradas en su cuello que pude vislumbrar a través de su pecho al descubierto, y me entraron ganas de acercarme y descubrir qué eran.

No me había dado cuenta de que estaba tratando de mantener cierta distancia entre nosotros hasta que me topé con un pilar de piedra.

—Puedo sentir tu alma. Y también puedo mostrártela, si así lo deseas.

No tuve la oportunidad de responder, ya que se acercó a mí. Ahogué un sollozo cuando presionó la palma de su mano entre mis omoplatos, manteniéndome a su lado con firmeza, e intenté moverme desesperadamente, pero no pude, ya que se me curvó la espalda cuando me dio un tirón y me sacó algo del pecho. El mundo se volvió brillante y maravilloso cuando miré aquella esfera que palpitaba con dibujos de estrellas plateadas y que parpadeaban. Parecía susurrar algo, aunque no eran palabras, e irradiaba un calor que me invitaba a tocarla con los dedos de las manos. Notaba como punzadas en las yemas que me recorrían por completo.

—No he venido aquí para consumirla.

Aunque su mano había entrado en las profundidades de mi ser, jadeé cuando noté cómo aquella esfera de energía extraterrestre se volvía a introducir en mí; la luz hipnótica se apagó. Tardé un segundo en parpadear, respiré con pesar hasta que noté cierta presión que me recordó que todavía no me había soltado. No podría describir cómo me había sentido durante aquellos instantes. Acababa de utilizar su mayor truco de seducción y yo me había quedado completamente hipnotizada.

—¿Acabas de...? —No podía casi ni respirar, ni mucho menos pensar.

Mantuvo la mano en mi pecho y tan solo la elevó para trazar los puntos de mis marcas. Me sonrojé ante sus caricias, como una

presa que sentía cierto placer al ser capturada. Pero no sentí la fuerte presión que me había imaginado.

—¿Le has quitado algo? —me atreví a preguntarle. No me sentía diferente. No... Bueno, eso no era del todo verdad, pero prefería mil veces aquel revoloteo en el estómago y el pulso acelerado a que me hubiera robado años de vida.

—No.

—¿Has querido hacerlo?

Cuando aquellos ojos ámbar se posaron en mí, casi consiguieron imitar la adrenalina que había sentido con su truquito de magia.

—No me sirve para nada tu alma separada de tu cuerpo, Estrellita. Tan solo bastarían unas fracciones para que murieras. No sabrías cómo volver a colocarla en su sitio.

No me podía creer que en esas circunstancias tan solo pudiera preguntarle lo siguiente:

—¿Los humanos pueden protegerse a ellos mismos?

Me pasó la palma de la mano por la mejilla y, en lugar de apartarme como debería haber hecho, la ternura de aquel roce me conmovió. Su roce no desprendía ningún tipo de calor, pero tampoco era frío.

—Me refiero a ti.

Esto no estaba bien. Su cercanía, la intensidad con la que me miraba... Era como si en cualquier momento fuera a parpadear y viera a alguien distinto del monstruo que siempre me habían dicho que era un vampiro.

—¿Debería tener miedo?

En el momento en el que apartó sus manos de mí, reprimí una protesta; estaba manteniendo una lucha mental conmigo misma por aquel sentimiento de ingenuidad que me había nublado el sentido de la autoprotección.

—Nadie puede decirte cómo debes sentirte. Tú misma debes observar a tu alrededor, recurrir a tus conocimientos y llegar a tus propias conclusiones con tu propio juicio.

Me quedé pensando en sus palabras, incluso sentía cierta admiración por ellas. Entonces caí en la cuenta de algo que no me parecía justo: el conocimiento.

—No sé nada sobre ti.

—¿Y qué te dice tu instinto?

«Cosas demasiado impulsivas», pensé. Me decía de todo menos lo que parecía más lógico: alejarme lo máximo posible de él. Sin embargo, le pregunté:

—¿Me dirás cómo te llamas?

Me evaluó en silencio. Sus ojos dorados centelleaban como estrellas.

—Nyte.

—No te llamas así.

La curva de sus labios se hizo más grande.

—¿Para qué me preguntas cómo me llamo, si después vas a afirmar que ese nombre no me pertenece?

Podría admitir que aquel nombre le pegaba, aunque fuera difícil de creer. Aunque no tuve que hacerlo, ya que mis ojos traidores le observaron y parecieron silenciar mi primer pensamiento con asombro. Su pelo no se conformaba con ser negro, era del color de la medianoche, el tipo de color que podía cambiar de un tono obsidiana sin profundidad alguna a ciertas hebras de un azul marino profundo visible solo bajo la luz. Los mechones rebeldes que le caían sobre las cejas marrones hacían un contraste encantador con el dorado de sus ojos. A veces parecía como si cambiaran de forma, como si brillaran, se apagaran o parpadearan. Para lograr mantenerme cuerda, escogí la opción de que todo aquello era por el candelabro, aunque sabía que no se había movido en ningún momento y que no soplaba ningún viento que hubiera removido las llamas.

Luego estaba su cuello. Los tatuajes oscuros captaron mi atención. Quizá una constelación. Me quedé perpleja ante el deseo inminente de apartar el tejido de su chaqueta. «Qué pensamiento tan inapropiado».

Se quedó quieto y me observó con intriga mientras yo le daba un repaso con descaro.

Tragué saliva.

—Nyte —repetí. Aquella palabra sonaba como un cometa, fugaz, pero con un cierto destello de peligro envuelto en mucha belleza—. Como lo que nos rodea ahora mismo.

Tras decir aquello, ambos miramos hacia arriba. El techo abovedado nos encapsulaba en nuestro propio mundo de oscuridad y constelaciones. El cielo brillaba con cierta paz, pero a veces me preguntaba si era producto de mi propia confusión el pensar que las estrellas se estaban muriendo, alejándose poco a poco, y aquello convertía mi admiración en tristeza.

—Exacto, Estrellita.

Nuestros ojos volvieron a encontrarse.

—Me has llamado dos veces así ya.

—Y en ningún momento me has corregido, así que, ¿qué le voy a hacer?

Me volvió a latir el pulso en la garganta cuando dio un paso y tan solo un par de centímetros separaban nuestros cuerpos. Pude notar un cierto olor a menta y madera.

—¿Qué voy a hacer contigo? —susurró aquella última palabra como una caricia que viajó desde su lengua hasta el final de mi columna vertebral.

Tuve el impulso de ignorar cualquier pensamiento racional y descubrir por mí misma cómo se sentiría su cálido abrazo. Lo diferente que sería de estar rodeada por los brazos de Hektor, que siempre era muy frío incluso cuando la lujuria lo invadía.

Alzó la mano y no le detuve. Me estaba sosteniendo. No de forma física; lo que estaba ocurriendo entre nosotros era una especie de corriente eléctrica que quería seguir sintiendo. Pasó los dedos por mi barbilla y me echó la cabeza hacia atrás. Le deslumbraban los ojos bajo la luz de la luna, que bañaba sus rasgos y le resaltaba los pómulos y el ángulo de la mandíbula. Formó un arco perfecto con los labios y se me escapó un suspiro en cuanto

volví a la realidad y me di cuenta de hacia dónde había dirigido la atención.

—Nada —dije—. No soy de tu interés.

Por un instante vi cómo el color ámbar se oscurecía sobre mí.

—¿Y qué sabes tú sobre mis intereses?

—No es difícil averiguarlo ahora mismo —musité, y obligué a la garganta a que pronunciara todas las palabras, pero terminó por secarse y tuve que lamerme los labios.

No tendría que haberlo hecho. Su mirada voraz se quedó fija en ellos con fulgor. Nunca le había permitido a nadie que se acercara tanto a mí. Nunca lo había deseado tanto de todos los hombres extraordinarios que había observado en la sala principal de la mansión de Hektor. En este momento mi mente discutía consigo misma sobre por qué permanecía ahí quieta a pesar de que sabía que debía alejarme. Sabía bien que esos ojos etéreos no me iban a traer nada bueno, nada aparte de un encanto peligroso, y aun así estaba permitiendo que me atraparan de la forma más estúpida posible, como les habría ocurrido a muchas otras antes de mí.

Me tembló todo el cuerpo cuando me pasó los dedos por el cabello. Vi cómo examinaba los mechones que le caían por la palma. Sus rasgos denotaban curiosidad.

—¿Utilizas algún encantamiento?

Muchos me habían preguntado aquello antes que él: el hecho de que no era posible que hubiera nacido con aquellos mechones de pelo brillantes e iridiscentes, sino que serían el resultado de algún brebaje que había consumido. Negarlo a veces era una pérdida de tiempo. Solo yo sabía que era muy gracioso que alguien creyera que podía permitirme adquirir la magia que otorgaba el mismo resultado.

—No —respondí; no me importaba si me creía o no.

Volvió a fijarse en mí y parpadeó con picardía.

—Igual que una estrellita.

Puse los ojos en blanco ante aquel intento de halago.

Curvó los labios.

—¿Y estos?

Dejé de respirar cuando su roce ligero me pasó por encima de la curva del hombro e intenté resistir el hormigueo que amenazaba con cerrarme los párpados y que se abría paso a través de mí. Sacudí la cabeza, tratando de entrar en razón.

—No —susurré—. ¿Y los tuyos... son un encantamiento?

Traté de no mirar la piel expuesta de su pecho, aunque mirarle directamente a los ojos me producía un calor mucho más intenso.

—No.

Aquello logró intrigarme. Quería descubrir cómo, por arte de magia, teníamos esto en común. ¿Cuáles eran las probabilidades de que alguien con un atributo tan similar pudiera haberme encontrado?

Llegó un momento en el que su cercanía fue demasiado para mí. Temía que todo esto pudiera convertirse en una trampa. Me alejé del pilar de mármol, mi cabello se escurrió de entre sus dedos como si fuera seda plateada y él volvió a ponerse serio al notar el abrazo del frío.

—Tu danza —dijo. Su voz era seductora, pero la arrastraba como una sombra—. Ha sido exquisita.

—Y ya ha terminado —puntalicé, ignorando la punzada de decepción que venía intrínseca con la despedida.

No sabía por qué estaba aquí o cómo se había infiltrado a través de las defensas de Hektor. No estaba segura de si debía saberlo siquiera. Tenía que salir de aquí y olvidarme de este bello desconocido. Aunque sabía que, en el momento que lo hiciera, no volvería a verlo jamás, y eso me impedía moverme.

A lo mejor era estúpido encontrar cierto deseo en el peligro, pero cuando ambas sensaciones se me presentaron, me di cuenta de todo el tiempo que había vivido sin conocer ni lo uno ni lo otro. Ahora tenía a ambos delante de mí y me estaban tentando como si fueran el remedio a una enfermedad que no sabía que padecía.

—No para mí —afirmó.

Murmuró aquellas palabras con un tono tan bajo que casi no las escuché cuando la puerta se abrió, logrando que diera un salto hacia atrás del susto. Antes de que pudiera ver al intruso, vi algo que flotaba delante de mí —la tela de seda azul—, lo agarré al vuelo y me lo coloqué con torpeza mientras aquel hombre entraba en la sala.

—Discúlpeme, señorita. —Salió en cuanto me vio y apartó la mirada tan rápido como si me hubiera pillado desnuda—. Me han enviado aquí. Tendré que hablar con Hektor...

—No —respondí demasiado rápido—. Estaba a punto de irme, no hace falta que avises a Hektor... Iba de camino a reunirme con él. Te aseguro que nadie te interrumpirá cuando llegue tu bailarina.

El hombre mayor asintió con la cabeza de forma respetuosa.

Me acordé de que no estaba sola antes de dirigirme a la puerta. Escaneé la sala. Dos veces. Me explotó la mente cuando no encontré a nada ni a nadie, a pesar de que la única salida estaba flanqueada por el hombre canoso que todavía no se había movido de su sitio.

Sin embargo, el único atisbo de Nyte estaba en el cielo estrellado que parecía vigilarme mientras lanzaba un último vistazo hacia arriba, para después marcharme de allí.



ALGO CAMBIÓ
HACE QUINIENTOS AÑOS.

Todos lo notaron, como si el mundo estuviera empezando a venirse abajo, como si algo hubiera llegado al reino y no debiera haberlo hecho.

Creo que todos sabían que la Edad Dorada de la doncella de las estrellas estaba a punto de verse trastocada, ya que las estrellas estaban empezando a desaparecer.

ISBN: 978-84-19988-44-7



9 788419 988447

Cód.: 5310056

FAERIS